

La muerte del General Zaragoza.

El delirio del valiente soldado fué el porvenir de su Patria.

Una carrabela tirada por seis acémilas y resguardada por un piquete de caballería a las órdenes de un Comandante, pasaba rápidamente por la garita de Amozoc, situada al oriente de la ciudad de Puebla.

Entró la garita y la ciudad, desde donde se distinguen a la perfección las sinuosidades del cerro de Guadalupe y la llanura de la hacienda de Rentería, una persona joven aún, completamente rasurada, portando el fieltro gris y espejuelos con varillas de oro, asomaba el rostro por la portezuela derecha, sin duda para contemplar a su sabor aquel panorama de gratísimos recuerdos.

De pronto, lanzando un suspiro, dijo con voz apacible: "Aquí fué el gran día de la patria."

Quien pronunciaba tan hermosa frase era el invicto General Ignacio Zaragoza.

El héroe del 5 de Mayo pasaba otra vez por aquel sitio el 4 de Septiembre de 1862, cuatro meses después de la memorable batalla en que, venciendo a Laurencez, entraba radioso en el templo de la Fama, cubría de gloria el bisoño Ejército de Oriente y glorificaba a la Patria, a esa bendita Patria Mexicana, tan mal comprendida y peor juzgada por sus enemigos del extranjero.

Zaragoza estaba enfermo: hacía tres días que había dejado el campamento a instancias de sus compañeros de armas, para proporcionarse los recursos de la ciencia médica, y mejores comodidades en una capital como Puebla.

Unas calenturas perniciosas, atrapadas en la tierra malsana del Estado de Veracruz, se le declararon abiertamente el día 1º del referido mes, y muy a su pesar tuvo que decir adiós a sus queridos soldados; ¡ay! era el último adiós a aquellos valientes y heroicos luchadores de la República.

Una vez instalado en una cómoda habitación, el General fue atendido por expertos facultativos, los que parece abrigaban alguna esperanza de salvarle.

El ilustre General dormía; su sueño aparentaba ser tranquilo, nadie sospechaba que había llegado el terrible momento de la crisis. De pronto se agitó en el lecho y apoyándose con los codos quiso incorporarse, abrió desmesuradamente los ojos, paseó la mirada febricitante por el recinto y gritó con voz tonante: "¿Qué sucede muchachos? ¡El enemigo al frente!... ¡Son unos cobardes!... ¡A ver mis botas!... ¡pronto mi caballo!... ¡está ensillado!... ¡Y mi asistente!... ¡Pablo!... Pablo!... Pero ¿dónde está Pablo?... ¡qué diablo de hombre, ya se pasó a los franceses!"

Y el asistente Pablo, pálido, triste, aturdido, sin saber qué hacer ni qué decir, no pudo más,

y se echó a llorar como un chiquillo. Era fiel como un perro (perdónese la tosca comparación) amaba a su Jefe no como a un amo, sino como a su propio padre, y se sentía desfallecer de pesar al ver a su Jefe que probablemente estaba en artículo de muerte.

Toda la gente se puso en movimiento, algunos oficiales aparentaban obedecer las órdenes, y otros tranquilizaban al valiente General, asegurándole que el enemigo sería batido al instante. El médico de cabecera le asistió con esmero y después de media hora de delirio, el paciente entró en relativa calma: desgraciadamente ésta no duró sino unas cuantas horas, pues en la noche se repitió el acceso con más intensidad.

"Oiga usted, Negrete—gritó con terrible agitación,—cargue usted con su columna sobre la izquierda y foree el paso, es necesario jugar el todo por el todo. Que me llamen a Berriozábal, pero al instante... ¡ah!... que aquí está... mire usted, General, con cuatro columnas cargue sobre el centro, sin pérdida de tiempo, porque Negrete se arruina. ¡Oh, qué zuaivos tan atrevidos!"

Y Zaragoza se removía desesperadamente en su lecho. El doctor Navarro se acercó pausadamente, le tomó el pulso, le pasó la mano por la frente y después de contemplarle un buen rato se alejó de la cama moviendo tristemente la cabeza. El buen doctor había perdido la última esperanza.

El vencedor de los franceses seguía delirando, ya combinando ataques, ya dictando órdenes; tan pronto se creía derrotado como vencedor. El campo de batalla era su perpetua obsesión.

Uno de los momentos más aflictivos para los circunstantes fué aquel en que el General se creyó desobedecido y traicionado en el fragor del combate.

"Traiganme aquí a Carbajal... ¿no oyen?... no... no... no... mejor no lo traigan... usted, Coronel, vaya al instante y fusile a ese cobarde... me responde su cabeza... ¿lo oye?" Y se quedó contemplando largo rato con mirada extraviada a un oficial que estaba parado en medio de la estancia.

El día 7 se pasó triste, casi nadie creía en el alivio del esclarecido militar; al pardear la tarde el decaimiento y la gravedad se hicieron más notables en aquella robusta complexión que estaba en momentos de ser vencida. Por la noche el desvarío continuó sin intermitencias.

Causaba verdadera pena contemplar el ardoroso trabajo de aquella inteligencia abrazada en las inmediaciones de Puebla. Otro 5 de Mayo se elaboraba en su cerebro, ¡qué mejores momentos, qué satisfacción más intensa!

"Ya corren los zuaivos, decía con animación, ya corren... ¡Qué bueno! ¡Así me gusta, muchachos!... ¡adentro!... ¡adentro!... Usted, Coronel, corra y avise a Carbajal, en Amozoc, que tome prisioneros a todos esos zuaivos que se escapan por la falda de la Malinche... ¡Ahora sí!... ¡Ahora sí!"

De las varias personas que le acompañaban en la misma casa, unas estaban cariacontecidas, otras platicaban en voz baja lamentando las penas del héroe y otras lloraban en silencio.

En uno de esos momentos de terrible agitación, el General quiso levantarse y pidió con energía sus botas de montar y su caballo. Una persona se acercó a la cabecera y le suplicó que estuviera quieto, que no intentara levantarse.

"¡Cómo exclamó desfallecido el héroe. ¿estoy prisionero?"

—Sí, le contestó su interlocutor casi maquinalmente.

"¡Vaya!... ¡vaya!... todo se acabó...!" Y permaneció sosegado por largo rato.

El día 8 por la mañana, al percibirse a lo lejos el toque de los clarines y el redoble de los tambores, murmuró el moribundo: "Ya vienen a traerme para fusilarme... pero cuidado como fusilan a estos valientes."

En el reloj de Catedral sonaron las 10 de la mañana, el ilustre General Zaragoza agonizaba, un instante más y se despedía para siempre de la vida. Sus últimas palabras, en los estertores de la muerte, al pasar por el recinto su mirada lúgubre, fueron estas: "¿Cómo?... ¿pues qué también tienen prisionero a mi Estado Mayor?... ¡Pobres muchachos!" Y no pudo decir más.

El hilo telegráfico, con su acostumbrado y desesperante laconismo, estuvo transmitiendo por todos los Estados de la República en comunicación este único y trágico mensaje: "El ilustre General Zaragoza ha muerto a las 10 y 5 de la mañana. La Patria está de duelo."

Y efectivamente, la Patria acababa de perder a uno de sus buenos hijos, al que en momentos supremos, cuando las miradas de todo el mundo estaban suspensas sobre los acontecimientos de Puebla, la había reivindicado de los ultrajes y la había hecho respetable a la faz de las naciones civilizadas. La Patria, de fúnebre crespón, lloraba la ausencia de su hijo esclarecido, de quien esperaba mucho todavía, pues Zaragoza se despedía de la vida a la temprana edad de 33 años.

¡Oh veleidades de la fortuna! La muerte del héroe debía ser considerada como buen presagio para el invasor, quien despedido e impaciente sólo esperaba los cuantiosos refuerzos que venían en camino para marchar sobre Puebla y tomar el desquite de su derrota.

En Puebla, llamada hasta entonces de los Angeles, había fiesta, la fiesta de Navidad; pero tan luego como los habitantes tuvieron noticia del fatal acontecimiento, se abstuvieron de toda manifestación de pompa, algunos permanecieron encerrados en sus casas haciendo los comentarios del caso, y otros se encaminaron a visitar los restos del ilustre muerto. Varias d' mas, vestidas de luto, se daban de un balcón a otro la triste noticia y se deshacían en elogios del immaculado patriota.

Los soldados, sobre todo, se sentían agobiados; el dolor se reflejaba perfectamente en sus semblantes: no había medio de consuelo en aquel trance inesperado y triste. Cuando la tropa situada al frente del enemigo recibió el primer mensaje, se quedó muda, no podía concebir tamaña desgracia, creía más bien que era víctima de una pesadilla, pero al fin tuvo que rendirse al peso de la despiadada realidad. ¿Quién puede concebir el dolor de aquellos valientes soldados que idolatraban a su jefe? Pasemos sobre esta dolorosa situación para no incurrir en una tosca parodia de la tempestad inmensa que se desencadenaba en los corazones de aquellos soldados intrépidos.

Hay un caso, entre muchos que pudiéramos relatar, tan conmovedor y elocuente, que por sí solo basta para hacernos admirar la fidelidad de la tropa y el amor que profesaban al que supo con mano diestra conducirla a la victoria. Los soldados del Batallón de Zapadores, víctimas de la penuria, como casi todos los soldados de la República, vendieron su ración de pan para poder comprar un poco de crespón negro y aparecer enlutados.

¡Oh, santo amor del soldado! Esta manifestación espontánea acompañada del sacrificio, le honra tanto como su arrojo sobre el enemigo y su serenidad ante la muerte.

La infausta nueva produjo en la capital de la República honda consternación, como era de esperarse; hasta los mismos partidarios de la Intervención se sentían poseídos de cierta melancolía, al fin eran mexicanos, y mexicano muy ilustre era el que acababa de sucumbir. En el Congreso de la Unión se pronunciaron discursos patrióticos y encomiásticos como un tributo de cariño y como expresión ingenua del sentimiento nacional. A la vez se publicó solemnemente el decreto en que se declaró al General Zaragoza Benemérito de la Patria, se le ascendió a General de División, se dió a Puebla el sobrenombre de Zaragoza y se pensiónó a su hija con la cantidad de cien mil pesos.

¡Justo homenaje inspirado por la gratitud nacional!

Los restos de Zaragoza fueron conducidos a la Metrópoli y depositados en el panteón de San Fernando, presidiendo el duelo el Presidente don Benito Juárez. En acto tan imponente pronunció la oración fúnebre el distinguido patriota don José María Iglesias y recitó unos versos sentimentales el popular vate don Guillermo Prieto.

Hace unos cuantos años, la ciudad de Puebla levantó al pie de Loreto, una estatua ecuestre al invicto General Zaragoza, el héroe; con el índice de la mano derecha, está señalando a la generación actual y a la posteridad el sitio memorable donde el humilde ejército mexicano venció a los primeros soldados del mundo y la Patria se coronó de laureles inmarcesibles.

No cabe duda, en el calendario civil, Zaragoza es uno de los santos de la República.

V. D. BAEZ.

Almanaque ilustrado para 1914.

Magnífica obra que entre otros asuntos interesantes contiene: maravillas celestes, los mártires de la ciencia, los religos del juego, Colón era español, los grandes millonarios, el alcoholismo, entretenimientos de salón, etc. etc. además de infinidad de cuentos, artículos, poesías, anécdotas, historietas cómicas, chistes, cantares, notas científicas y de arte, y retratos de personajes célebres. —Consta de 320 páginas con 268 grabados.—Precio: 80 CENTAVOS.

Pídase a IGNACIO E. LOZANO.—607 DOLOROSA ST.—SAN ANTONIO, TEXAS.

Botica del Aguila.

C. F. AYALA, Prop.
Teléfonos: Nuevo, 186. Viejo, 5069.
Esquina: S. Laredo y Nueva Sts.
Despacho a toda hora del día y de la noche. Especialidad en medicinas de patente.
Despacho a domicilio. Instrumentos de música y todo lo concerniente
SAN ANTONIO, TEXAS.

ROSA DE BONA.

Del Colegio Médico del Estado de Texas.
Teléfonos: Travis 1918. Nuevo 1384.
917 W. Houston St. San Antonio, Tex.

Guerra Undertaking Co.

La agencia de inhumaciones del Sr. Ramón Guerra, recientemente fallecido, seguirá bajo la gerencia del Sr. Enrique Guerra, hijo del finado. No olvidar que esta casa cuenta con carrozas blancas, aplomadas y negras, y se encarga del arreglo de cámaras mortuorias. Servicio activo de día y de noche.—Teléfono nuevo 1296.—Teléfono viejo Crockett 1983.—714 Dolorosa St.

Curamos Hombres.



Ocurran a nosotros los incurables, pero si es posible consúltenos antes, de ese modo se ahorrarán

tiempo y dinero. Anunciamos lo que hacemos y hacemos lo que anunciamos. ¿Se siente Ud. mal? ¿es Ud. un hombre enfermo? ¿Sospecha Ud. que su sangre esté contagiada? ¿Sufre Ud. de los nervios, enfermedades de la sangre y de la piel, obstrucciones, dificultades de la próstata, VARICOCELE, HIDROCELE, riñones y enfermedades de la vejiga y de la orina? Nosotros curamos toda enfermedad nerviosa y crónica por arraigada que esté, y todos los casos más difíciles de mujeres y hombres.

Visítenos o escribanos hoy mismo.
Horas de oficina: Todos los días de 8 a 5.30. Los Domingos de 9 a 12

Terrill Medical and Surgical Institute.
216 Hicks Bldg. San Antonio, Texas.

Prof. F. Pearce.

EL HERBOLARIO SANADOR INDIO.



Usa mis yerbas como Dios lo manda y te sentirás bien.
Ocurran a Madama Smith y vean el maravilloso crecimiento de sus cabellos y la belleza de su cutis.
Lean las revelaciones del capítulo 22, versículo 2º y el capítulo 14, versículo 2º de la Biblia, y vean lo que Dios manda y luego ocurran a mí.
126 EL PASO ST. SAN ANTONIO, TEX.

ALAMO BAR

Cantina situada al Norte de la Plaza.
EN ESTA CANTINA TENEMOS EN EXISTENCIA CONSTANTE LICORES Y VINOS DE LAS MEJORES CLASES.
Buen trato a los mexicanos. Nada de distinciones. Es la única cantina representada por un dependiente mexicano, el Sr. Pedro Perez.
Venid y tomareis exquisita cerveza de las mejores del país, tanto en barril como en botella.
PAUL SEELIGER, Prop.
LOCKHART, TEXAS.

PANADERIA DE RICHTER

Wm. L. RICHTER, PROPIETARIO.
Suplicamos al público que al hacer sus compras de panijan que sea de nuestra casa. Es el mejor por la calidad de materiales que en él se emplean y por la limpieza y cuidado que se pone en su elaboración.
427 S. Laredo St. San Antonio, Texas.

Devits Furniture Co.

Cuando necesite muebles venga a vernos. Los tenemos muy baratos para Ud. y puede economizar su dinero.
Teléfono viejo: Travis, 2553.
211. N. FLORES ST. SAN ANTONIO, TEXAS.

SOLARES DE VENTA

en las calles de VERACRUZ Y TAMPICO.
de 80 a 100 pesos cada uno. Diez pesos al contado y cinco cada mes. No se cobran intereses ni contribuciones hasta que terminen los pagos.
Diríjase hoy mismo a - A. S. FLORES, - Notario público.
Teléfonos: Nuevo 3022. Viejo 1395 Travis. 111 Galan St. S. Antonio, Tex.

LA GRAN MODA, Sastrería.

CASARES Y CIA.
Le visto a Ud. de \$15.00 arriba. Trajes para caballeros y vestidos para Sras.
TRABAJO GARANTIZADO.
Teléfono: Travis 637. 1309 W. Houston Street.
SAN ANTONIO, TEXAS.

San Antonio Repairing Co.

Mueblería y Tapicería.
Compra-venta, compostura y cambio de muebles. Plateado y hechura de espejos. Atención especial en empaque y embarque de toda clase de efectos, que recojemos y entregamos a los interesados. Trabajo garantizado.
TELEFONOS: Viejo, Crockett 1983. 716, Dolorosa St. Nuevo 1396. SAN ANTONIO, TEXAS.

DR. J. STEVENS.

VETERINARIO, CIRUJANO Y DENTISTA.
Cura también toda clase de animales domésticos. Ocurran a su oficina:
224, W. NUEVA STREET.
TELEFONOS: Viejo, Crockett, 2718. Nuevo 1429.

24 FOTOGRAFÍAS EN MINIATURA,

—POR 25 CENTAVOS.—
listas en 20 minutos, y en cuatro diferentes posturas.
BUENAS, BONITAS Y BARATAS.
Para todos los gustos y para todos los bolsillos.
OCURRAN LUEGO A RETRATARSE, EN
The Moonlight Studio.
116 E. HOUSTON ST. SAN ANTONIO, TEXAS.

UN LIBRO PARA LAS MADRES.

El Dr. P. Turner ha escrito este libro en español para las madres de familias mexicanas. Toda mujer debe aprovechar sus consejos. 25 cts. el ejemplar. Por correo, 30 centavos.
El Dr. Turner es de las Facultades de Nashville, Nueva York y Louisville. Consultorio:
FARMACIA DE LA UNION
Esq. Santa & Rosa Houston Sts. San Antonio, Texas.

KING FURNITURE COMPANY.

Vendemos muebles, alfombras y cortinas en abonos fáciles. Tenemos todo lo que se necesita para una casa, desde la cocina hasta la sala.

—Nuestras mercancías están marcadas con números.—

Con una pequeña suma al contado y fáciles abonos semanarios o mensualmente, amueblará usted su casa completamente.

SU CREDITO ES BUENO CON NOSOTROS.

107 W. Commerce St.

San Antonio, Texas.